

Acto Cívico: Combate Naval de Punta Gruesa

En conmemoración del Mes del Mar y del Combate Naval de Iquique, el día de hoy relataremos uno de los dos enfrentamientos que se libraron el día 21 de mayo de 1879. La epopeya del capitán Arturo Prat y sus valientes marinos en la *Esmeralda* es bien conocida por todos nosotros. Sin embargo, mientras el *Huáscar* embestía con su espolón a su homónimo chileno, más al sur, a la altura de Punta Gruesa, el capitán Carlos Condell se enfrentaba al inmensamente superior blindado peruano *Independencia*.

Dirijámonos al mes de mayo de 1879. Hacía unos pocos meses que la guerra del Pacífico había iniciado, conflicto en el que se veían enfrentados Chile contra la alianza conformada por Perú y Bolivia. Los países sabían la importancia de dominar el Océano Pacífico para el transcurso de la guerra, por lo que los primeros movimientos fueron casi exclusivamente por el mar, siendo limitado el uso de las fuerzas terrestres. Quien dominara el Pacífico dominaría el conflicto.

Tras haber sido declarada la guerra a inicios de abril, Chile tomó la inmediata determinación de realizar un bloqueo a Iquique, que en aquel entonces era un importante puerto peruano. Con esta medida, el gobierno chileno esperaba que Perú enviara su escuadra a Iquique, llevándose a cabo un enfrentamiento que los estrategas chilenos estaban confiados en ganar.

Sin embargo, pasaban los meses y la escuadra peruana seguía estacionada en el puerto principal del Callao, en las cercanías de Lima. Buscando apresurar un combate que pusiera a Chile en una situación privilegiada en el Pacífico, el contraalmirante chileno, Juan Williams Rebolledo, decidió el 16 de mayo dirigirse al Callao con los principales navíos de nuestra escuadra nacional - incluyendo a los dos modernos blindados del *Blanco Encalada* y la *Cochrane*- y realizar un ataque sorpresa al Perú.

Se decidió dejar a cargo del bloqueo de Iquique a dos de las naves más débiles con las que contábamos: la corbeta *Esmeralda* y la goleta *Virgen de la Covadonga*. Quedaba como jefe del bloqueo el capitán de la *Esmeralda*, Arturo Prat Chacón.

Cinco días después de que la escuadra chilena se dirigiera al Callao, el día 21 de mayo, los buques bloqueadores hacían su servicio como de ordinario. La mañana se presentaba cubierta con el manto húmedo que envuelve las noches de Iquique. Cuando los primeros rayos de sol rompían la espesa neblina, el vigía de la goleta *Covadonga* gritó: “¡Humos al norte!”.

El capitán Condell salió rápidamente de su recámara y, observando al horizonte, divisó a lo lejos a dos buques blindados peruanos, el *Huáscar* y la *Independencia*, comandadas por los capitanes peruanos Miguel Grau y Juan Guillermo Moore,

respectivamente. Estos habían zarpado del Callao con dirección al puerto peruano de Arica, cruzándose, pero sin divisarse, con la escuadra chilena en alta mar. Ya en Arica se enteraron que el bloqueo de Iquique era realizado por dos viejos buques chilenos, que ya no contaban con mayor importancia bélica. Decidieron, por lo tanto, dirigirse a liberar el puerto.

Al ver los blindados peruanos, Condell, con su habitual fisonomía alegre, se acercó a la *Esmeralda*, para darle cuenta de lo que sucedía. Arturo Prat dormía cuando llegaron a comunicarle lo que la *Covadonga* avisaba por banderas. Inmediatamente ordenó que la *Esmeralda* saliera a reconocer los cascos enemigos y cerciorarse que se trataba de los blindados peruanos. Regresó diciendo por señales a la *Covadonga*: “Seguid mis aguas”.

A medida que se formalizaba en el horizonte el combate naval, la población de Iquique salía de sus hogares, presa de la mayor emoción y corría a la playa a presenciar la captura de los navíos chilenos.

Al mismo tiempo, desde la *Esmeralda*, el capitán Prat expresó a la tripulación las famosas palabras que constituyen un código de las tradiciones de nuestra Marina: “Muchachos, la contienda es desigual, pero ánimo y valor. Nunca se ha arriado nuestra bandera ante el enemigo y espero que esta no sea la ocasión de hacerlo. Mientras yo viva, esa bandera flameará en su lugar, y si yo muero, mis oficiales sabrán cumplir con su deber. Viva Chile.”

La *Covadonga* había llegado a ponerse a distancia de voz de Prat, por lo que Prat, con estoica serenidad, anunció por bocina a Condell: “Qué almuerce la gente. Reforzar las cargas.”

Acababa de terminar el diálogo entre los jefes, cuando reventó entre ambos buques una granada enemiga que cayó en el mar. Prat, aun queriéndolo, no habría podido darse a la fuga, pues la vieja caldera de su buque había reventado y la máquina no estaba apta para desarrollar un andar mayor de dos millas por hora. Viéndose impotente e inerme, se colocó en la misma línea de la ciudad, y esperó el combate.

Mientras tanto, la *Covadonga*, que comenzaba a alejarse al sur corriendo la playa, sufrió un cañonazo que le asestó el *Huáscar*, atravesándole el casco de banda a banda y matando a su cirujano, a un contramaestre y a un marinero. La tripulación tapó la vía de agua y la goleta se alejó, perseguida por la *Independencia*. Fue así como el combate se dividió, tanto por el sitio como por los protagonistas. Prat quedó inmóvil con su buque en el norte de la población de Iquique y la *Covadonga*, navegando a cuatro millas por hora, se alejaba hacia el sur del puerto, huyendo de la *Independencia*.

Ni Grau ni Moore creían que los buques chilenos intentarían resistir. Su razonamiento era muy explicable; la *Covadonga* era un viejo lanchón de madera, de 412 toneladas, sin blindaje y que contaba con apenas dos cañones de 70 milímetros. Su contendor, la *Independencia*, era una fragata de 2 mil toneladas, con un blindaje de 4 pulgadas y media, y armada con dieciocho cañones de 70, con ocho de 50 y con uno de 300 milímetros.

Cuando la *Independencia* navegaba para colocarse en la primera punta, la *Covadonga*, ya estropeada con el cañonazo que le había asestado el *Huáscar*, continuaba por los rompientes, recibiendo el fuego de las baterías enemigas, a los que ella contestaba con sus dos cañones. Moore no lograba detenerla, porque los arrecifes le impedían acercarse a tierra y sus tiros no eran bastante certeros para hacerla cambiar de rumbo y obligarla a detenerse.

Reinaba a bordo de la *Covadonga* un espíritu admirable de sacrificio. De capitán hasta el último marinero, todos manifestaban la inquebrantable resolución de combatir hasta la muerte. Cada disparo que lograban asestar provocaba gritos de entusiasmo.

Pero el navío chileno había sido herido por la *Independencia* en los palos, en los botes de los costados y en las carboneras. Mientras tanto, en la popa de la *Covadonga*, cuatro rifles abrían fuego contra todo artillero peruano que se acercaba a la pieza de artillería principal, logrando así evitar el más peligroso cañón del enemigo.

La desesperación de Moore hizo que intentara fallidamente espolonear dos veces a la *Covadonga*. Condell comprendía que no podía seguir huyendo de una nave que lo triplicaba en velocidad, por lo que, con su calma y valor característico, mandó hacer los últimos disparos y enseguida dio la orden de estar listo para el abordaje.

Sin embargo, cuando la *Independencia* casi tocaba a su más débil rival, a una distancia que no excedía los 100 o 200 metros, la quilla de la *Covadonga* rechinó. Un arrecife sumergido había tocado y estremecido parte de su casco, a pesar de su poca profundidad. Enseguida comprendió Condell lo que había sucedido y se dio cuenta de que el blindado peruano, de mucho mayor calado, no pasaría por las rocas. Lanzó entonces el capitán de la *Covadonga* una alegre expresión: “¡Aquí se fregaron!”. Inmediatamente ordenó a sus marinos virar.

Al ver cómo se acercaba la nave chilena, la *Independencia* trató de investir con el espolón nuevamente a su enemigo, y al hacerlo chocó con el arrecife oculto y se montó sobre la roca, quedando tendida de costado con su casco destrozado.

Al realizar la maniobra del espolonazo, la marinería peruana debía tenderse sobre el estómago para no ser derribada con el golpe. Al sentir el espantoso choque, se puso de pie y gritó: “¡viva el Perú!”, creyendo que era la *Covadonga* lo que había sufrido el golpe del ariete.

Sin embargo, divisaron frente a ellos a la goleta de Condell, la cual les disparó seis cañonazos que le destrozaron la cubierta y parte del casco. La marinería peruana vociferaba que estaba rendida y la fragata arrió su estandarte. Era una hazaña increíble; un viejo y débil buque lograba derrotar a uno de los blindados más poderosos del Perú.

Moore, con una bocina, pidió que se enviara un bote para rescatar a su tripulación. Pero Condell prefirió volver a Iquique a auxiliar a la *Esmeralda*, cuya suerte no conocía. La *Covadonga* se dirigió al puerto y alcanzó a andar menos de una milla cuando divisó al *Huáscar*, que venía a su encuentro. Condell se vio obligado a cambiar de rumbo hacia el sur, no queriendo tentar a la buena fortuna que ya lo había acompañado.

La maltrecha *Covadonga* arribó el día siguiente a Tocopilla, donde se enteró del heroico desenlace de Prat y sus marinos. Posteriormente, el 23 de junio de 1879, Carlos Condell y la *Covadonga* serían recibidos con grandes honores en el principal puerto chileno, Valparaíso, donde la gente se agolpó para dar la bienvenida a los héroes de Punta Gruesa. Condell pasaba así a formar parte de los inmortales héroes de la patria, pero, modesto como era, no se envaneció, sino al contrario, continuó sirviendo a la Armada chilena en lo que esta le demandara, participando en el desembarco de Pisagua y en los bloqueos de los puertos de Arica y el Callao.

El impacto del combate naval de Iquique dio un gran golpe positivo a Chile, sirviendo incluso como medio de propaganda para el gobierno. Pero fue mucho más que un triunfo moral, pues redujo a la mitad el poder naval de Perú, quedando sólo el *Huáscar* como su nave principal. Verdaderamente, tras el 21 de mayo, la balanza de la guerra quedó favorable a nuestro país. Además, se avivó un sentimiento patriótico que logró aumentar de manera significativa a los voluntarios para el ejército y marina chilena, queriendo emular a los oficiales y marinos de la *Esmeralda* y la *Virgen de la Covadonga*, que tanto le habían entregado a Chile.